

*que bajo nubes contrarias  
van en busca del buen trabajo,  
del buen comer, del buen dormir,  
del techo para descansar  
y ver a los niños reír,  
bajo el cual se sueña y bajo  
el cual se piensa morir.*

Por eso, la República Argentina es para Rubén «la región del Dorado», «el paraíso terrestre», «la ventura esperada», «el Vellochino de Oro», «Cannaán la preñada», «la Atlántida resucitada», «los campos del Toro / y del Becerro simbólicos»:

*el existir que en sueños  
miraron los melancólicos,  
los clamorosos, los dolientes  
poetas y visionarios  
que en sus olímpos o calvarios  
amaron a todas las gentes.*

Y es que la Argentina «tiene el corazón de oro» y es, en definitiva, el gran laboratorio universal, la Babel, «en donde todos se comprenden»: los hombres de las estepas y las nieves del zar, los de Sión, los hombres de «España poliforme», los helvéticos, los hijos de la «astral» Francia, los «vástagos de hunos y de godos», los «hombres de Emilia y los del agro romano». El suelo argentino es, en síntesis, el «campo abierto a la energía / de todos los hombres», el solar fraternal que dio hogar a todos los humanos, el «maternal continente», donde

*una República ingente  
crea el granero del orbe,  
y sangre universal absorbe  
para dar vida al orbe entero.*

El vasto campo de ensayo para realizar tan universal experiencia está simbolizado en la pampa:

*En la extendida luz del llano  
flotaba un ambiente eficaz.  
Al forastero, el pampeano  
ofreció la tierra feraz;  
el gaucho de broncínea faz  
encendió su fogón de hermano,  
y fue el mate de mano en mano  
como el calumet de la paz.*

La pampa es «la estepa sin nieve / el desierto sin sed cruenta». Otros la llamarán el «infierno verde», incapaces de penetrar, con la

mirada siquiera, su vastedad. Pero en la pampa se asiste, si se posee espíritu rubendariano, a «la soberbia fiesta de la pradera». Recuerdense las estrofas de 1898 incorporadas a *El canto errante*:

*el campo lleno de hojas y de luces  
cuya verde maravilla cruzan potros y avestruces,  
o la enorme vaca roja,  
o el rebaño gris, que a un tiempo luz y hoja  
busca y muerde  
en el mágico ondular  
que simula el fresco y verde  
trebolar.*

*En la pampa solitaria  
todo es himno o es plegaria:  
escuchad  
cómo cielo y tierra se unen en un cántico infinito;  
todo vibra en este grito:  
¡Libertad!*

*Junto al médano que finge  
ya un enorme lomo equino, ya la testa de una esfinge,  
bajo un aire de cristal,  
pasa el gaucho, muge el toro  
y entre fina flor de oro  
y entre el cardo episcopal,  
la calandria lanza el trino  
de tristezas o de amor;  
la calandria misteriosa, ese triste y campesino  
ruiseñor.*

.....  
*Ven mis ojos cómo riega  
perla y rosa de la tarde  
el crepúsculo que llega,  
mientras la pampa ilumina  
rojo y puro, como el oro en el crisol,  
el diamante que prefiere la República Argentina:  
¡vuestro Sol!*

Pero la pampa va sufriendo la lenta, impacable invasión de la ciudad, ante cuyo empuje el campo se encoge y retira. La ciudad quiere destruir a la poesía, que huye como el último gaucho marchado para siempre con el viejo corazón de la tierra. A Darío, sin embargo, también la ciudad le atrae. La ciudad se llama, en este caso, Buenos Aires, la «Metrópoli reina», la «Basilea del Sur», la «fecunda, la copiosa, / la bizarra, grande entre grandes», a la cual saludan y rinden pleitesía Roma, Londres, Berlín, Nueva York, Melbourne, París y todas las hermanas latinas. He aquí el retrato de la grandiosa ciudad:

*Trápagos, fuerzas urbanas,  
trajín de hierro y fragores,  
veloz, acerado hipogrifo,  
rosales eléctricos, flores  
miliunanochescas, pompas  
babilónicas, timbres, trompas,  
paso de ruedas y yuntas,  
voz de domésticos pianos,  
hondos rumores humanos,  
clamor de voces conjuntas,  
pregón, llamada, todo vibra,  
pulsación de una tensa fibra,  
sensación de un foco vital,  
como el latir del corazón  
o como la respiración  
del pecho de la capital.*

Y allá irá el maestro Rubén Darío a buscar «la flor de las flores» por Florida, a hablar con los hombres, a veces máscaras de carnaval, y a soñar siempre, pero con los pies en la tierra. Y en la tierra, la historia, imprescindible alusión. El poeta contempla el desfile de los capitanes hispanos —«duros pechos, barbadadas testas / y fina espada de Toledo»— como «sombras épicas», pero sin mirar al pasado con enervantes ojos nostálgicos ni con ira; con delectación, sí, pero desde el año 1910, desde su tiempo. Y pasan también los *libertadores*, con José de San Martín, «el Abuelo secular», a la cabeza, y desfilan los próceres y los héroes republicanos:

*¡Héroes de la guerra gaucha,  
lanceros, infantes, soldados  
todos, héroes mil consagrados,  
centauros de fábula cierta,  
sacrificados del terruño,  
granaderos el rayo al puño,  
locos de gloria, despierta  
al sol la mente!*

Entre todos los héroes, el poeta destaca a Bartolomé Mitre, «gran capitán de un mundo / nuevo y radiante», «varón continental» y «amado Patriarca» de todo el continente, cuya gloria —al menos en el verso rubendariano— crecía y se iluminaba en la Argentina «con una enorme luz de sol», pero cuya idea había derramado su simiente por todo el cosmos hispanoparlante. Por eso, unos años antes, exactamente en 1895, Darío le había llamado a Mitre «Vencedor paladín de la idea». No parece, desde nuestra altura de hoy, que en este punto concreto fuera vate, adivino, el maestro nicaragüense, que se dejó llevar quizá, y muy razonablemente, por el entusiasmo de su época.

Pero en tan radiante panorama, Rubén Darío se complace especialmente en cantar—porque no en balde la mejor musa es la de carne y hueso—a la mujer argentina, «con savias diversas creada, / espléndida flor animada», que «esplende, perfuma y culmina». Con su angélica gracia de poeta y amador sutil, amador también de toda gentileza, el maestro hispánico corta su mejor, su más fina y delicada y golosa pluma para recrearse—gozo de cada detalle, secreto espíritu dentro de su «carnalismo americano», que dijo Pedro Salinas—en la pura delicia de la mujer porteña:

*Talle de vals es de Viena,  
ojo morisco es de España,  
crespa y espesa pestaña  
es de latina sirena;  
de Britania será esa piel  
cual la de la pulpa del lis  
y que se sonrosa en el  
rostro angélico de la miss;  
esa ondulante elegancia  
es de la estelar París;  
y esa luminosa fragancia,  
de las entrañas del país.  
Concentración de hechizos varios,  
mezcla de esencias y vigores,  
nórdico oro, mármoles parios,  
algo de la perla y del lirio,  
música plástica, visión  
del más encantador martirio,  
voluptuosidad, ilusión,  
placidez que todo mitiga  
o pasión que todo lo arrolla,  
leona amante o dulce enemiga,  
tal la triunfante Venus criolla.*

En los días de 1910, en que Darío escribe su «Canto a la Argentina», su espíritu se encuentra dominado, como se verá más adelante, por el temor a la guerra. Le preocupa, pues, evitar a toda costa que su onda destructora alcance al nuevo continente. Por eso, al hablar a su patria argentina desde la alta región de la Historia y ver el desolador panorama de las civilizaciones destruidas en el pasado, lanza su grito admonitorio a los hombres del Plata para que construyan su futuro, pues que su día ha llegado, bajo el símbolo del Sol, por el que las naciones—como «sabía el abuelo español»—son grandes:

*¡Dad a todas las almas abrigo,  
sed nación de naciones hermana;  
convidad a la fiesta del trigo,*

al domingo del lino y la lana,  
thanks-giving, you kipour, romería,  
la confraternidad de destinos,  
la confraternidad de oraciones,  
la confraternidad de canciones  
bajo los colores argentinos!

## 5. LA AMÉRICA IGNOTA

¿Y Rubén Darío—se preguntará alguien a esta altura del camino—, criollo hasta el alma, de piel y corazón mestizos, no sintió nunca la emoción histórica del mundo indígena de América, del mundo amerindio? Con ese pluriverso de ayer le unía, por de pronto, no sólo la sangre, sino también la comunidad del esfuerzo por dominar a la inundadora naturaleza. ¿Renunciaría él, alma hipersensible, al goce de la belleza ancestral? La respuesta es clara y la dio el poeta rotundamente en las «Palabras liminares» de sus *Prosas profanas y otros poemas*. «Si hay poesía en nuestra América—escribió entonces—, ella está en las cosas viejas: en Palenke y Uxatlán, en el indio legendario y el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro.»

Tan concluyente manifestación no tuvo en la obra poética rubendariana expresión concreta tan vasta y universal como la que imprimió a aquellas palabras suyas. Hay, sí, unos cuantos poemas, como los titulados «Chinampa» y «El sueño del Inca», en que Darío se acerca sentimentalmente al mundo prehispánico. La presencia de éste quedó, sin embargo, registrada en un momento cumbre de su revolución creadora, en la segunda edición de *Azul...*, aparecida en Guatemala el año 1890. Allí, entre los que llama «Sonetos áureos», hay uno dedicado al caudillo araucano Caupolicán, representante ilustre de la «vieja raza», de quien el poeta dice que es un «campeón salvaje y aguerrido», que bien podría «desjarretar un toro, o estrangular un león» en la región de Arauco. De aquel mismo año, aunque no recogido en libro hasta *El canto errante*, es el poema «Tutecotzimí», el más importante de los que dedicó al tema. Y no deja de ser curioso e interesante anotar, no sólo que después de 1890 no volviera a cantar lo indígena con parecido aliento, sino que el encuentro con ese pasado ancestral se produce cuando va sintiendo con mayor hondura y cuando más se le actualiza su sensibilidad española. No hay en ello la menor contradicción. Por el contrario, resulta algo lógico y fácilmente explicable, porque en Hispanoamérica lo español salvó lo amerindio para crear lo hispánico, y cuanto más se afirma en Rubén esta filiación integral y totalizadora, más se acusan en él las dos ramas confluyentes que la originan.

Así, la inclusión del poema «Tutecotzimí» en *El canto errante* cobra su plena significación. El poeta, piqueta lírica en mano, «trabaja en el terreno de la América ignota» y su musa adivina el «misterio jeroglífico»:

*De la temporal vida surge la vida extraña  
de pueblos abolidos; la leyenda confusa  
se ilumina; revela secretos la montaña  
en que se alza la ruina.*

Mientras Netzahualcoyotl, el rey poeta, suspira, llega el cortejo de Cuaucmichín, «el cacique sacerdotal y noble», que vuelve de la caza, seguido por doble y apretada fila de flecheros y con «aire bravo y triunfal», coronada su cabeza de áurea diadema, en la que tiembla arriba una pluma de quetzal. Si nos atenemos a los detalles, veremos que la poética descripción es perfectamente realista: cacique, diadema, pluma, flecheros y sus vestimentas y adornos. Pero ya se percibe, no obstante, el aire idealista e idealizador, todavía como de estampa romántica, aire todavía muy siglo XIX, con que el poeta trata a los hombres, los acontecimientos que narra y el paisaje mismo. Por eso, a esa vida la llama «extraña»; pero su progresiva identificación con ella, pues ella surge de la vida temporal, permite que la leyenda, primero confusa, vaya iluminándose, como rescatando su ser de las sombras. He aquí, por ejemplo, el paisaje:

*Es la mañana mágica del encendido trópico.  
Como una gran serpiente camina el río hidrópico  
en cuyas aguas glaucas las hojas secas van.  
El lienzo cristalino sopló sutil arruga,  
el combo caparacho que arrastra la tortuga,  
o la crestada cola de hierro del caimán.*

*Junto al verdoso charco, sobre las piedras toscas,  
rubi, cristal, zafiro, las susurrantes moscas  
del vaho de la tierra pasan cribando el tul;  
e intacta, con su veste de terciopelo rico,  
abanicando el lodo con su doble abanico,  
está como extasiada la mariposa azul.*

*Las selvas foscas vibran con el calor del día;  
al viento el pavo negro su grito agudo fia,  
y el grillo aturde el verde, tupido carrizal;  
un pájaro del bosque remeda un son de cuerno;  
prolonga la cigarra su chincharchar eterno,  
y el grito de su pito repite el pito-real.*